

pero á distancia conveniente, una preciosa mampara pintada de oro, con el exclusivo objeto de evitar que nadie le viese comer. Las cuatro lindas jóvenes que le habian ofrecido el aguamanos, quedaban de pié, detrás de él, y cuatro personajes de los más distinguidos del reino, venerables por su avanzada edad y saber, se colocaban de pié tambien á los lados del monarca, siempre en ademan respetuoso y sin mirarle á la cara.

En la estacion del invierno que, aunque benigna en aquellos países, siempre se presenta mas fria que las restantes del año, templaban la temperatura de la pieza con lumbre de ascuas, de una leña aromática que exhalaba suave y dulcísima fragancia, sin que llegase á despedir ni la mas ligera nubecilla de humo. Desde el instante mismo en que estaba diestramente graduado el calor que el soberano apetecia, colocaban delante de la lumbre una preciosa tabla, primorosamente labrada con oro, y en la cual se veian, pintadas con diversos colores, las figuras de diversos ídolos que formaban las divinidades de aquel pueblo.

Empezada la comida, uno de los personajes que estaban de pié, señalaba al mayordomo, con una varita, los platos que deseaba gustar el monarca, y las cuatro hermosas jóvenes le servian en seguida la mesa.

Entonces se presentaban otras dos mujeres, no menos hermosas, llevando en unos platos, cubiertos con limpias servilletas, el caliente y suave pan de maiz, amasado con huevos y otras cosas sustanciosas; pan conocido en Méjico con el nombre de *tortillas*, y que las dos agraciadas mujeres le servian con cuidadoso esmero.

Bebia un licor hecho del cacao. Durante la comida, le servian de cuando en cuando, en copas de finísimo oro, una bebida espumosa, hecha del cacao, que, en cincuenta brillantes ánforas de bruñido barro de Cholula, colocaban en la sala en que comia. Las escanciadoras de aquella aromática bebida, eran las mismas cuatro bellas jóvenes que le habian servido el lavamanos, y al presentarle las copas, lo hacian con notable acato y respeto (1).

Los cuatro ancianos y notables personajes, permanecian siempre en silencio, y las únicas palabras que pronunciaban, eran las que servian de respuesta á alguna pregunta que les dirigia el rey.

Cuando, por distinguido favor, le daba á alguno de ellos el plato que á él le habian servido, lo recibia como una manifestacion honrosa, y lo comia de pié, en actitud siempre respetuosa, y sin levantar los ojos á ver al monarca.

Algunas veces que su ánimo estaba dispuesto á chanzas ó diversiones durante la mesa, se entretenia en escuchar, ya las chocarrerías de ciertos hombres corcovados, semi-enanos y horriblemente feos, quebrados por la mitad del cuerpo, que mantenia por ostentacion, ya en oír las burlescas sátiras de otros mas truhanes y menos defectuosos, ya en ver bailar á diestros danzarines, ó ya, en fin, en escuchar el canto de los mas diestros músicos que entonces se encontraban en aquel reino.

(1) Bernal Diaz, al hablar del servicio de la mesa de Moctezuma, dice así: «Mas lo que yo vi, que traian sobre cincuenta jarros grandes, hechos de buen cacao con su espuma, y de lo que bebia; y las mujeres le servian al beber con gran acato.»

Terminada la comida, las cuatro jóvenes que le habían servido la mesa, levantaban los manteles, y le llevaban otro aguamanos luciente, con nuevas toallas aromatizadas, pues nada de lo que una vez había usado volvía á servirle en lo sucesivo, excepto las copas de oro, que se tenían siempre limpias y brillantes.

En cuanto acababa de lavarse las manos, le ponian sobre la mesita tres graciosos tubos primorosamente dorados, henchidos de aromático tabaco, mezclado con ámbar; los cuatro nobles ancianos se despedian de él con profundo acatamiento, saliendo de la pieza con los ojos bajos y sin volverle la espalda; igual cosa practicaban las hermosas y el mayordomo; y entonces el monarca, saboreando el humo de uno de los dorados tubos, quedaba reposando la comida hasta que el sueño cerraba blandamente sus párpados.

En cuanto el rey había terminado de comer, se les servía la mesa en otros departamentos, á todos los grandes que diariamente le visitaban, cuyo número exorbitante dejo referido, lo mismo que á la enorme cifra de criados que llevaban.

Mas de mil platonos, llenos de las mismas exquisitas viandas que al monarca se servían, se presentaban en los espaciosos salones en que comían los nobles; y excedía de dos mil ánforas del líquido espirituoso del cacao, las que se les ponían para que bebiesen (1).

(1) Bernal Diaz. «Verdadera historia de la conquista de la Nueva-España.» «Y me parece,—dice,—que sacaban sobre mil platos de aquellos manjares que

Vinos que
habían. Pero no era el único licor de los mejicanos el delicado hecho del cacao. Tenían además otros varios, mas ó menos agradables, extraídos de la caña del maíz, del grano de éste, de la palma y de otras plantas; pero el principal, el que tenía mas consumo en el pueblo, el mas sano de todos, era el llamado pulque, blanco como la leche, sacado del maguey, y del cual se hace actualmente un consumo extraordinario, por ser el vino que se toma en todas las mesas (1).

Dormían siesta
fumando. Acabada la comida, toda persona de mediana posición conciliaba el sueño con el humo del tabaco, cuya planta abundaba y abunda en aquel país. Lo fumaban, poniendo la hoja con liquidambar ó alguna otra yerba aromática, en tubitos semejantes á los que hemos visto le presentaban á Moctezuma, con la única diferencia de ser, generalmente, menos ricos, pues el lujo de ellos estaba en relacion con la fortuna del fumador. El

dicho tengo; pues jarros de cacao con su espuma, como entre mejicanos se hace, mas de dos mil, y fruta infinita.»

(1) Los mejicanos le llamaban el vino del maguey ó de la pita, *neuctli*, que quiere decir *vino dulce*; pero los españoles le dieron el nombre de *pulque*, tomándolo de la lengua araucana que se hablaba en Chile, y que aquellos habitantes aplicaban á toda bebida embriagante. El *neuctli*, como le llamaban los mejicanos, ó el pulque, como es conocido hoy, se extraía y se preparaba de una manera muy sencilla. Cuando llega el maguey al estado de madurez y de desarrollo, se le cortan las hojas tiernas que se encuentran en el centro de la planta, de que sale el tallo, y allí le hacen una cavidad conveniente. Hecho esto, le raspan la superficie interior, de la cual se filtra, en bastante abundancia un jugo muy dulce, al que dan el nombre de *aguamiel*. Se valen para sacarlo de la cavidad referida, de un calabozo largo y estrecho, llamado *acocote*, con el cual sorben y extraen el jugo de la planta, que lo ponen en una gran vasija, hasta que llega á fermentar. Antiguamente facilitaban la fermentación con una yerba nombrada *ocpatli*, que servía, al mismo tiempo, para darle mas fuerza.

humo lo recibían oprimiendo el tubo con la boca y tapando la nariz con la mano, con el fin de que pasase aquél con mas brevedad al pulmon. También usaban tomándolo en polvo por la nariz, como se toma el rapé.

Con la misma abundancia se daba de comer á los infinitos criados que aguardaban á sus señores; y la surtida despensa, y los variados licores, estaban abiertos todos los dias y á todas horas, para las personas distinguidas que apeteciesen tomar algo.

Mientras á los que visitaban al monarca les servían la comida los criados, á las numerosas mujeres del soberano les servían, en sus espaciosos departamentos, las criadas y las esclavas.

Todo era allí abundancia y magnificencia. La infinita servidumbre de palacio se regalaba de igual manera que los convidados, y el gasto diario de la comida solamente arrojaba una cifra prodigiosa.

Vasta tenia que ser la morada real para contener dentro de su recinto, de una manera cómoda, el crecido número de personas que se reunían en él diariamente; y, con efecto, era vastísima.

Magnificencia de los palacios reales. Aquel soberbio edificio, construido sólidamente de piedra y cal, ocupaba un área inmensa, y contaba veinte espaciosas puertas que daban á la plaza y á las calles. Entre sus salones, que eran muchos y notables por su capacidad, se encontraba uno en que, según la relación de uno de los conquistadores de reconocida veracidad, cabían tres mil personas cómodamente (1).

(1) *Relacion de un gentil-hombre de Fernando Cortés*. No habiéndose podido averiguar el nombre del expresado gentil-hombre que trae cosas muy curiosas

Cien piezas de bastante extension; tres patios amplísimos, en uno de los cuales se levantaba una preciosa fuente; considerable número de habitaciones para las mujeres, las criadas y las esclavas; amplios departamentos para los ministros, los consejeros, los empleados de la corte, la servidumbre; y régias alcobas con muros de mármol, techos de cedro, de ciprés y de otras ricas maderas perfectamente labradas, destinadas para alojar á los dos reyes aliados y á los extranjeros ilustres, completaban la grandeza del palacio que servía de ordinaria residencia al monarca mejicano (1).

La siesta que dormía Moctezuma, reclinado en el blando asiento que se hallaba junto á la mesa en que había comido, era bastante corta. Después de ese dulce rato de reposo, se dirigía á una sala próxima, amplia y bien adornada, donde le esperaban ya algunos ministros y el secretario; y sentándose en un asiento bajo, resplandeciente de oro, daba audiencia á sus vasallos, que entraban descalzos, como dejó referido, con los ojos bajos y haciendo las manifestaciones de profundo acatamiento acostumbradas. Moctezuma escuchaba con suma atención lo que con moderada voz exponían los súbditos, y les respondía por medio de sus ministros ó secretarios.

Terminada la audiencia, entraba en el baño, que era de

relativas á los templos, edificios, armas y costumbres de los antiguos mejicanos, los historiadores le designan con el nombre de «*El conquistador Anónimo*». La curiosa y estimable producción de este sincero escritor, se halla en la colección de Ramufio.

(1) El mismo *Conquistador Anónimo* dice que cuatro veces entró en el palacio referido, y que no le fué posible verlo enteramente á pesar de haberse cansado en recorrerlo.

agua tibia y aromatizada, y en él permanecía por espacio de una hora entregado al aseo del cuerpo.

A la magnificencia del suntuoso palacio en que tenia su residencia, correspondia la de otros muchos de recreo que tenia dentro y fuera de la capital, y la grandiosidad de sus vastísimos jardines, ricos en la variedad de todas las flores y plantas que producian aquellas floríferas regiones.

Edificios para aves y fieras. No eran menos notables los dos grandes edificios destinados, uno á las diversas fieras de toda especie que se conocian en la América, y la otra á las multiplicadas aves de brillante plumaje, que cruzan los aires y pueblan los gigantescos árboles del Anáhuac.

El edificio destinado á las últimas, estaba adornado de espaciosos corredores, sostenidos por bellísimas columnas de mármol de una sola pieza, que daban á un delicioso jardin, con esmero y gusto cultivado. Diez espaciosos estanques, de agua dulce los unos, y de salada los otros, sombreados por el espeso ramaje de corpulentos árboles, que alrededor se levantaban robustos y lozanos, dejaban cruzar en su clara superficie á las hermosas aves acuáticas de diversas especies, que remedaban vistosos ramos de exquisitas flores, resbalando entre las suaves ondas al blando soplo de embalsamadas auras. En bellos departamentos, bañados por la luz y refrescados por las brisas, se veian los papagayos de brillante plumaje, los guacamayos de variados y encendidos colores, los parlantes loros, los rojos cardenales de elegante penacho, las águilas reales de vistosa corona, el cernícalo, y cuanta diversidad de exquisitos pájaros existen en toda la extension del favo-

recido suelo del antiguo imperio azteca, desde el mayor de su elegante especie, hasta el diminuto y tornasolado colibrí, mas bello en sus variados colores que las fragantes y delicadas flores en cuyo cáliz liba y se alimenta, agitando sin cesar sus matizadas alas.

Número de personas encargadas de cuidar las aves. Para el cuidado exclusivo de las expresadas aves, estaban destinadas trescientas personas de ambos sexos. Cada una de las diversas especies de pájaros, cuyo número y variedad llenó de asombro á los conquistadores españoles, estaba alimentada con lo que tenia costumbre de comer en el campo.

Notable era la cantidad de granos, de frutas, de insectos y de carne que consumian. Solamente para las aves que se alimentan de peces, se gastaban diariamente diez grandes canastas de éstos, pescados en las lagunas y en los rios, y para las aves de rapiña, se mataban quinientos pavos.

De las trescientas personas destinadas al cuidado de las aves, unas estaban encargadas de curarlas cuando se enfermaban, otras de prepararlas los nidos, otras de limpiar los departamentos en que estaban, no pocas de desplumarlas en cierta época conveniente del año, y algunas en recoger las plumas, que se empleaban en hermosos penachos, en bellos mosaicos, que llamaron la atencion de Europa, y de otros adornos que entre los nobles mejicanos eran de grande estima.

Este edificio, que representaba magníficas habitaciones donde hubieran podido alojarse espléndidamente dos príncipes, con sus comitivas numerosas, estaba situado en

el sitio mismo en que hasta hace poco se levantaba majestuoso el notable convento de San Francisco.

La espaciosa casa destinada á las fieras, se hallaba embellecida por un patio de vastas proporciones y cómodas y numerosas habitaciones. En piezas hechas expreso, se hallaban, en sólidas jaulas de madera, los leones, los leopardos, los tigres, los gatos monteses, las zorras, los lobos, y otra porcion de feroces animales que seria prolijo enumerar.

Todas estas devoradoras fieras estaban alimentadas con carne, y se les daba, para sustentarlas, venados, gallinas, conejos, liebres, perrillos, pájaros, y los intestinos de las víctimas sacrificadas á las sangrientas divinidades.

Además de las fieras, se mantenian en aquel edificio, que estaba cubierto por todas partes de ídolos espantosos, diversidad de víboras, culebras de cascabel y horribles y feroces cocodrilos; estos en anchos estanques, rodeados de lisas paredes, y aquellas en grandes vasijas de barro con pluma, donde ponian sus huevos y criaban sus viboreznos.

Igual número de personas se ocupaban en el cuidado de las fieras y de los reptiles, como el que dejo indicado que estaban dedicadas al servicio de las aves.

Todos los palacios de Moctezuma tenian deliciosos jardines, donde se encontraban las mas delicadas y fragantes flores, plantas medicinales; grandes estanques, en cuyas limpias aguas se veian cruzar millares de peces de colores; poéticas y enramadas glorietas, deliciosos baños, graciosas fuentes y murmurantes arroyuelos que iban acariciando la planta de los rosales y de los copudos

árboles, entre cuyas sonantes ramas cantaban alegremente el clarin del bosque, *cenxontle* y la pintada callandria del Anáhuac. Pero no eran estos sitios, impregnados de aromas, los únicos que de recreo tenian los reyes mejicanos.

Aficionados á la caza, poseian bosques deliciosos, cercados de elevadas tapias, en cuya intrincada espesura vagaban considerable número de animales que el rey, acompañado de los grandes de la corte, se entretenia en perseguir en determinadas épocas del año. Entre esos agradables bosques en que los monarcas aztecas, provistos de un rico arco y de vistosas flechas, corrian tras de la ligera fiera hasta alcanzarla y herirla, se encontraba uno altamente pintoresco entonces, por hallarse en medio de las aguas del lago como una isla encantada y risueña; y que hoy, cambiado su aspecto por el transcurso del tiempo y las transformaciones operadas, no conserva vestigio ninguno que denuncie, ni remotamente, lo que fué bajo el nombre de *Peñon viejo* con que actualmente es conocido.

No quedan de aquellos espesos bosques mas que la memoria de que existieron. Unicamente ha sobrevivido á la ruina de todos ellos, el grandioso y venerando bosque de Chapultepec; esa emperatriz de las selvas, esa bellísima sultana de las florestas, que ostenta aun en su histórico recinto, lleno de recuerdos conmovedores, los gigantes y majestuosos ahuehuetes, que los hace aun mas venerables, el encanecido y ceniciento parásito que cuelga en largas hebras de sus frondosas ramas, imprimiéndoles ese carácter de antigüedad que conmueve y cautiva.

A completar el fausto y la grandeza ostentosa del em-